

Déjate de chorradas y búscate una vida



KATARINA BIVALD



KATARINA BIVALD

DÉJATE DE CHORRADAS Y BÚSCATE UNA VIDA

Traducción del sueco por Pontus Sánchez

 Planeta

Título original: *Livet, motorcyklar och andra omöjliga projekt*

© Katarina Bivald, 2015

Publicado de acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2016

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15147-0

Depósito legal: B. 1.841-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Mi camino a la locura empieza aquí. Estoy sentada en el recibidor hablando con la puerta de mi casa.

Hace apenas unos segundos se ha cerrado de golpe. Diecinueve años esfumados de un simple portazo, al que ha seguido el despiadado chasquido del ascensor al abrirse y el ruido de las maletas rozando el suelo.

—Maldita sea —he dicho en cuanto he oído bajar el ascensor. La puerta de mi casa aún no ha contestado.

Sin poder contenerme, me levanto y cruzo corriendo la cocina para asomarme al balcón.

—¡Espera! —grito, y me asomo por la barandilla—. ¡No me dejes! ¿Es por algo que he dicho? Puedo cambiar. ¡Te lo juro, sólo dame una oportunidad!

Mi repentino estallido hace que una pareja de transeúntes miren nerviosos hacia arriba. Una parte de mí piensa: «Esto no es digno». Pero me da lo mismo. La figura que arrastra las maletas también se ha detenido para observarme.

—Ja, ja, mamá —dice Emma, mi única hija, la luz de mi vida, el epicentro de mi existencia, que en este momento me deja sola. Levanta la cabeza y nos mira al balcón y a mí como si lo hiciera por última vez. Juraría que hay un atisbo de añoranza en su mirada.

Parece una versión más guay de mí misma. Tiene mi pelo

rizado y salvaje, pero en ella se ve libre y aventurero. Una especie de prolongación de la energía que emana, siempre despuntando en todas las direcciones.

Ahora extiende los brazos.

—Si ni siquiera he llegado a la estación de autobuses...

—He pensado que quizá has cambiado de idea y quieres que vaya contigo a Karlskrona —digo yo.

—¿Para que puedas acompañarme el primer día de uni y así vigilar que no me deje los libros?

—¿Por qué no?

—Es domingo. Mañana trabajas.

Me asomo aún más por la barandilla. El sol está ascendiendo por detrás del edificio del otro lado de la calle y, si no fuera porque hoy es el día que Emma se va de casa, habría sido un domingo magnífico. Y a lo mejor aún no es demasiado tarde.

—Necesito vacaciones. Me quedan algunos días.

—Claro, y los cogerías sin previo aviso y dejarías al pobre Roger a solas con su *facing* de pastas. —Roger es mi jefe. Tiene un punto de vista tajante sobre la importancia del *facing*. No puedo decir que eso me reconforte.

—He oído que Karlskrona está fantástica en agosto —digo.

—Tú ya has estado allí. En Karlskrona no hay nada, tan sólo adoquines.

—No son sólo adoquines. Es la plaza adoquinada más grande de Europa. Un material bonito, los adoquines. Siempre me han gustado.

Ella ha dejado las maletas en el suelo y usa una mano como visera para verme mejor.

—Relájate, mamá —me dice—. Tú nunca te has preocupado antes.

—No estoy preocupada —miento, desenfadada.

—Cuando me rompí la pierna ni parpadeaste.

Era diferente. Cuando se rompió la pierna no podía ir a ningún lado. Qué cosa más práctica el yeso.

—Lo único que hiciste fue advertirme que no me enamorara de ningún médico.

—Tenías quince años. Mirabas la serie *Urgencias* cada día. Eras presa fácil.

Ella se ríe.

—Me voy, mamá.

Pero, por lo menos, se queda unos segundos más donde está. Busco desesperada algo que decir, no sé muy bien el qué, algo que la haga querer llevarse a su madre a las clases de la universidad.

—¡Espera! ¿Vendrás por Navidad?

—Ja, ja. Adiós, mamá.

Es obvio que se lo pregunto en broma. Claro que vendrá. Se despide una última vez con la mano, un poco torpe y patosa porque lleva una mochila pesada al hombro. Tiene diecinueve años, es más adulta que nadie, pero todavía es una criatura. Yo tengo treinta y ocho y soy más o menos igual de madura que ella.

A mí me parece una locura que los críos se hagan adultos y se marchen de casa. No están pensados para arreglárselas solos. Por eso se han inventado las madres. Una cosa es ser madre soltera *con* hijos, pero serlo *sin* ellos es desaprovechar energía femenina.

Tuve a Emma a los diecinueve, y desde aquel día hemos sido nosotras dos contra el mundo.

Meto en el microondas una taza con café que ha sobrado del desayuno. Después me siento a la mesa de la cocina y miro al vacío que tengo delante. Ésa es toda la fuerza que consigo reunir mientras el café va dando vueltas y vueltas, despacio, en la taza descascarillada.

Mi *ranking* de los cinco mejores momentos con Emma, en orden cronológico, son:

Puesto número cinco: cuando mi madre cumplió cincuenta años y Emma acababa de salir de su fase preguntona («Mamá, ¿por qué...?») para entrar en la fase de sabiduría («Mamá, ¿sabes que...?»). Tomó zumo y comió siete tipos diferentes de galletas, y les explicó a todas las amigas de su abuela cómo se hacían los niños. Mi madre estaba tan consternada que no pudo decir nada. Toda una proeza.

Puesto número cuatro: cuando Emma empezó primaria e invitó a una amiga por primera vez a casa. A mí me preocupaba que se hubiera acostumbrado a estar a solas conmigo y que ya no fuera capaz de hacer amigas, así que les di todo lo que guardaba en la despensa para aquellos días especialmente lluviosos o aburridos. Se hartaron de chucherías, helado y bollos de canela. Lamentablemente, la madre de la amiga era dentista, así que durante algún tiempo el ambiente estuvo un poco tenso en las reuniones de padres. Aún me viene a la cabeza la imagen de la madre. Muy simpática y con el pelo de color miel. A decir verdad, el pelo era igual que la miel: grueso, sedoso y lleno de tonos cálidos y dorados, seguramente se lo tiñeron en la peluquería más cara de Skogahammar, a la que yo solía ir cuando necesitaba darme un capricho. Es decir, una vez cada diez años, me hiciera falta o no.

Número tres: Emma cumplía los ocho. Conseguí organizar la fiesta de cumpleaños más divertida del año, y sin salirme ni un céntimo del presupuesto, con tan sólo pedirle al jubilado del piso de al lado que se disfrazara de abuelito cebolleta, poner cosas asquerosas dentro de los tarros de galletas y llenar mi dormitorio de palomitas para, más tarde, entre gritos, llevarlas al salón, donde esperaba la peli Disney del momento. Durante seis meses encontré palomitas en sitios inesperados, pero valió la pena. Madre de Emma: 1 – Otros padres: 0.

Número dos: Emma tenía trece años y le destrozaron el corazón por primera vez, y me lo contó. Acababa de volverse insoportablemente adulta, justo ese período en que se niegan a ser tratados como niños, pero se creen con todo el derecho a comportarse como si lo fueran. Pero aquel fin de semana volvíamos a ser nosotras contra el mundo, y sobre todo nosotras contra el Cretino, tal como pasó a llamarse el chico desde entonces.

Y, por último —redoble de tambores—, puesto número uno: cuando Emma entró en la universidad, la única de la familia que lo ha hecho. Lo celebramos con una botella de vino espumoso, y Emma no paró de contar una y otra vez cómo funcionaba la universidad: el día de la convocatoria, cómo trabaja la Comisión de Apoyo Económico a los Estudios; probablemente más para convencerse a sí misma que a mí de que lo tenía controlado. Durante unos meses, esta primavera y el verano, hemos estado más unidas que nunca. Buscamos piso, visitamos Karlskrona varias veces para acostumbrarnos a la idea de que ella iba a vivir allí, y siempre comimos en el mismo sitio, como si frecuentar ese local pudiera hacerlo todo más llevadero. Compramos muebles para el pisito de una sola habitación que al final nos gustó, y una vajilla completa, vasos, juego de sartenes y otras cosas necesarias para un hogar de verdad, incluida la tabla de planchar y una plancha que, entre carcajadas, Emma aseguró que no iba a usar nunca. «Da igual —le dije yo—. Está todo incluido. No puedes ser adulta sin una plancha y una tabla de planchar que nunca utilizas.»

Suena la señal del micro y me doy cuenta de que me había olvidado del café. Ahora está hirviendo, y el olor a café quemado se esparce por la cocina cuando abro la puertecilla. Me lo bebo de todos modos en cuanto se enfría un poco.

No tengo nada que hacer. Estos últimos meses, mi lista de tareas pendientes ha girado en torno a Emma. «Buscar piso en

Karlskrona. Comprar aspiradora. Comprar bolsas extra de aspiradora.» A Emma también le costó ceder en ese punto, pero eso es porque aún no sabe lo frustrante que es buscar el modelo de bolsas adecuado para la aspiradora. Cada vez que alguien me dice que antes se vivía mejor, yo le replico con un «bolsasdeaspiradora.es».

Y luego se mudó.

Un pequeño detalle en el que debería haber reparado antes de celebrar nada.

Si mi vida hubiera sido un episodio de un programa sobre el conocimiento de los ferrocarriles y sus destinos, habría sonado más o menos así: «Comenzamos nuestro viaje a veinte minutos de nuestro destino final». La cámara habría hecho un zoom sobre un edificio de cuatro plantas, construido en algún momento de los años cuarenta, época en la que las ciudades industriales creían que hablar de futuro era hablar de una expansión constante. Como no dejaría de ser un programa sobre el ferrocarril, habría podido seguir el tramo desmantelado de la línea Svartåbanan antes de obligar al espectador a girar, pasar por delante del antiguo ayuntamiento con su Agencia de Empleo Público y su Servicio Público de Odontología, y seguir recto hasta el centro: una hilera de edificios bajos que antes habían albergado bastantes más tiendas que ahora.

Skogahammar es el tipo de ciudad que no ha vuelto a tener una industria principal desde que el Estado sueco comenzó a discutir con los silvicultores sobre la artiga (deberíamos haber sospechado algo ya entonces, con tanto desmantelamiento, migración y burocracia). Nos las hemos apañado porque estábamos rodeados de fábricas, actualmente cerradas, que quedaban lo bastante cerca como para ir y volver cada día. Hoy por hoy, nuestros principales contratistas son el ayuntamiento y la Agencia de Empleo Público: sobrevivimos gracias a la respiración asistida que nos aplicamos a nosotros mismos.